

Autor / Author

MARTÍNEZ DE ANQUITA, Pablo

Universidad Rey Juan Carlos

RECIBIDO / RECEIVED

6 de agosto de 2024

ACEPTADO / ACCEPTED

9 de diciembre de 2024

PÁGINAS / PAGES

De la 69 a la 76

ISSN / ISSN

2386-2912

Ecología humana: ¿Somos lobos o somos perros?

Human ecology: Are we wolves or are we dogs?

El artículo traza una comparación entre la forma y necesidades de vivir del hombre (ecología humana) y del *Canis lupus*, es decir, el lobo o el perro, y se muestra cómo ha avanzado nuestra ecología humana a la par que la del can, lo que puede ser de utilidad para interpretar alguna de las claves sociales y políticas actuales.

#ecología humana, #lobos, #perros, #evolución, #neotenia

The article draws a comparison between the way and needs of living of man (human ecology) and that of *Canis lupus*, that is, the wolf or the dog, and shows how our human ecology has advanced at the same time as that of the dog, which can be useful to interpret some of the current social and political keys

#human ecology, #wolves, #dogs, #evolution, #neoteny.

En España, viven 48 millones de personas (de las cuales 6,5 son niños), más de 9 millones de perros y unos 2 800 lobos. Hay aproximadamente 5 personas por cada perro, 1,5 perros por cada niño y 1 lobo por cada 3 000 perros.

El perro (*Canis lupus familiaris*) fue considerado por Carlos Linneo en su obra *Systema naturæ* una especie diferente a la de los lobos (*Canis lupus*). Hoy en día, a partir de la secuenciación del ADN, se consideran miembros de la misma especie. Los perros muestran una variabilidad inmensa en relación con los lobos, desde los caniches hasta los mastines. La presión selectiva realizada por los humanos en dicha especie ha creado, al menos, 354 razas de perros reconocidas por la Federación Cinológica Internacional. Sin embargo, esa variabilidad de tamaños también sucede en el medio natural en los lobos. Su peso medio se sitúa

entre los treinta y los cincuenta kilogramos, pero se han encontrado ejemplares de cien kilogramos en Rusia y de menos de diez en la subespecie de lobo árabe. Hay lobos blancos en el Ártico (muy parecidos y próximos a los *husky*) y lobos de color pardo como la subespecie ibérica. Existen lobos desde hace, al menos, ochocientos mil años, fecha que se le atribuye al primer registro fósil que se ha encontrado de dicha especie. Los perros son más recientes. Los análisis del ADN mitocondrial revelan una diferencia del 0,2 % entre el ADN mitocondrial de un perro y el de un lobo gris (Vilá *et al.*, 1997). Si ni el ADN, ni el color, ni el tamaño definen la diferencia entre ambos *Canis lupus*, ¿en qué se diferencia un perro de un lobo? La respuesta está en los humanos.

Las investigaciones recientes sugieren un inicio de cooperación entre los *Homo sapiens* y los *Canis lupus* en Europa hace unos 135 000 años, por parte de los cazadores-recolectores europeos y los cánidos salvajes. Los primeros restos fósiles de perros como tales son de hace 14 000 años, si bien hay fósiles de restos de lobos y humanos juntos desde hace más de 100 000 años. ¿Cómo fue nuestra relación primera con los lobos? Es probable que nuestra amistad con los lobos fuera anterior, incluso, a la aparición del lenguaje en los humanos, lo cual, como indican Grandin y Johnson (2020), permitió que empezáramos una relación de amistad en una situación de igualdad entre especies. Es más, quizá fueron los lobos los que nos enseñaron a cazar en grupos a los humanos, que por entonces probablemente *carroñeaban* en lugar de cazar, a formar estructuras sociales complejas o familias, que parece que no tenían nuestros ancestros en aquellos tiempos, y quizá también nos enseñaron a tener amistades del mismo sexo más allá del parentesco (Mech, 1998).¹ Los lobos llevaban cazando y viviendo en comunidad al menos 700 000 años antes de que tuvieran contacto estrecho con los primeros *Homo*, ya fueran *antecesor* o *sapiens*. La relación ancestral entre lobos y hombres parece que dio lugar hace unos 35 000 años a los perros como los conocemos ahora (Thalmann, 2013). A partir de estas fechas, se supone que los humanos fueron seleccionando a los cánidos que mejor se adaptaban a la convivencia, y estos, en respuesta, fueron sufriendo cambios en su cuerpo y temperamento: su cráneo y patas se encogieron, adquirieron docilidad y se volvieron menos asustadizos a la par que aprendieron a leer las complejas expresiones humanas. Los perros nos miran para interpretarnos y saber qué vamos a hacer o pedirles, a diferencia de los lobos, para quienes nuestra cara y gestos siguen siendo una incógnita. Así nació el perro, como fruto de una relación de amistad y cooperación con nuestra especie. Fue nuestro primer amigo, el primero en entrar en nuestro hogar (el *domus* al que acceden los amigos, los domes-

¹ «En libertad [...] la manada de lobos no es tan heterogénea, sino que suele ser una familia (Murie, 1944; Young y Goldman 1944; Mech, 1970, 1988; Clark, 1971; Haber, 1977) compuesta por una pareja reproductora y su descendencia nacida en los últimos 3 años, y a veces dos o tres familias de este tipo (Murie, 1944; Haber, 1977; Mech *et al.*, 1998). A veces la manada adopta a un lobo ajeno (Ballenberghe, 1983; Lehman *et al.*, 1992; Mech, *et al.*, 1998) o acoge a un pariente de uno de los individuos reproductores (Mech y Nelson, 1990). Otras, un lobo forastero ocupa el lugar de un progenitor muerto (Rothman y Mech, 1979; Fritts y Mech, 1981) y se aparea con una de las crías de sexo opuesto que sustituye a su otro progenitor (Fritts y Mech, 1981; Mech y Hertel, 1983)».

ticados), mucho antes de que lo hicieran los gatos o las gallinas y antes de tener rebaños de vacas, cabras, cerdos u ovejas, antes de plantar arroz, trigo o maíz y antes de modificar nuestro entorno (Meana, 2008). El perro es nuestro primer amigo de los tiempos de la infancia humana. Se puede decir que aquellos lobos, quizá algunos adoptados desde cachorros y cuidados por grupos de *Homo antecessor* o de otros homínidos cazadores-recolectores, nos enseñaron, hasta cierto punto, a ser hombres, mientras que nosotros les enseñamos a ser perros, y juntos aprendimos a interpretarnos, es decir, a mirarnos a la cara e interpretar nuestros gestos como hacen dos buenos amigos o un matrimonio. Nos hicimos juntos (Grandin y Johnson, 2020).

Este *hacernos juntos*, en lo que se refiere a los perros, consistió, fundamentalmente, en un proceso de neotenización. A lo largo de siglos, neotenizamos² (del griego *neo*- ‘joven’ y *teinein* ‘extenderse’) a los lobos más dóciles sin darnos cuenta; es decir, nos dedicamos a conservar su «estado juvenil en su organismo adulto en comparación con su ancestro u organismos cercanamente emparentados debido a un retraso pronunciado del ritmo de desarrollo corporal en relación con el desarrollo de las células germinales y órganos reproductores que se lleva a cabo normalmente». Un perro es un lobo neotenizado, es decir, un lobo criado para no madurar nunca. Los perros, como los lobeznos, tienen las orejas caídas y el hocico romo, a diferencia de las orejas rectas y el hocico alargado del lobo adulto. De hecho, cada día, queremos que nuestros perros sean más y más neoténicos o inmaduros, menos salvajes o cazadores y más obedientes. Queremos perros simpáticos que se dejen peinar en peluquerías caninas en las que los «peluqueros caninos realizan cortes de pelo que resaltan las características morfológicas de cada una de las razas de perro para que destaquen en los concursos de belleza canina»,³ en lugar de perseguir a gatos o ratas. Los perros ya no trabajan apenas con nosotros, son nuestro *hobby*, nos acompañan y nos rebajan la soledad. Buscamos animales que no tengan nada que ver ni con el comportamiento ni con la estética del lobo. De hecho, cada día a más personas les gustan más los perros más neoténicos y, cuanto menos se parezca un perro a un lobo, menos se comporta como un lobo (Goodwin *et al.*, 1997). El viejo y salvaje *Canis lupus* que decidió acompañarnos a cazar por las praderas europeas evoluciona ahora genéticamente según lo que mandan los cánones de belleza canina, de un modo similar a lo que sucede con muchas mujeres y hombres, que, influidos por los *influencers*, buscan asemejarse a los llamados *top models* (a modelarse como ellos). Las líneas en el cuerpo y la soltura de la melena es lo importante, ya sea en perros o personas. Siguiendo estos cánones, el *collie* de pelo largo actual, una versión algo refinada del trabajador perro pastor original escocés, ha evolucionado gracias a sus criadores, estrechando el tamaño de su cráneo para hacer aún más afilado y

² La neotenia es uno de los tres procesos de heterocronía que suceden en la biología del desarrollo (neotenia, pedomorfosis y gerontomorfosis). Estas heterocronías abarcan todos aquellos cambios en el ritmo de los procesos ontogenéticos que dan lugar a transformaciones de la forma y tamaño de los organismos. Un proceso de desarrollo en una especie solo puede ser descrito como heterocrónico en relación con el mismo proceso en otra especie (considerada como el estado basal o ancestral) que opera con diferentes tiempos de comienzo y fin o a diferentes ritmos.

³ Características de un concurso de belleza canina: publicado por www.nubika.com 30/09/2020 .

estético su perfil (y en muchos casos con menor inteligencia que el famoso Lassie de los años sesenta, al no dejar espacio suficiente para su cerebro).

Nuestros perros son cachorritos de lobo en los que hemos ejercido una presión genética a través de una selección, en este caso artificial, para transformarlos en mascotas con las que convivir; para ello, hemos tenido que detener su proceso de maduración. Un perro, aunque genéticamente sea un lobo, es un cachorro de lobo, un lobezno perenne que no para de pedir o llamar la atención, lo que llamamos *ladrar*, cosa que nunca hará un lobo maduro, el cual, a diferencia de su primo doméstico, seguirá en estado salvaje, aullando las noches de luna llena, afirmando su espacio, y expresando sus emociones y lazos de unión entre los miembros de la manada y haciéndoselo saber a otras (¿quién dejaría hoy en día aullar a su perro por la noche?). Sus primos los perros ya no saben clavar la mirada amenazante de lobo en un humano (en ningún animal, de hecho) para hacerle saber que está en su territorio. Este dato fue, precisamente, el que permitió a la doctora Goodwin fijar la edad emocional de un perro en treinta días de cachorro lobezno y descubrir que el único perro que puede lanzar una mirada fija similar a la del lobo es el perro esquimal, de gran parecido aún con el can salvaje. En el otro extremo del arco, un chihuahua no llega a los veinte días de desarrollo emocional del lobezno, mostrando una neotenia más aguda, propia de sus rasgos lejanos similares a los de su antecesor salvaje.

Y los perros, cachorros eternos, a diferencia de los lobos, no son animales monógamos. Se aparean con la primera hembra receptiva que encuentran y si te he visto no me acuerdo, que hay más hembras receptivas en la zona. Su instinto sexual no genera ningún comportamiento paternal. No lo necesitan. En primer lugar, es difícil que los amos de un perro macho lo dejen emparentarse con una hembra para siempre (y viceversa). En segundo lugar, un perro es un lobo inmaduro, con un desarrollo emocional de treinta días a lo sumo, es decir, es un adolescente incapaz de compromisos. De hecho, un perro es como un niño preadolescente apegado a su papá, es decir, a su dueño. Este apego perro-dueño, explican Grandin y Johnson (2020), es similar al que tiene un niño con sus padres y presenta los mismos valores en el denominado *test de situación extraña*. Esta prueba mide las reacciones de un niño pequeño en un entorno extraño cuando su madre está presente y cuando no. «Casi todos los niños exploran confiados el medio extraño mientras su madre está con ellos, pero, cuando la madre se marcha, dejan de explorar y esperan angustiados a que regrese. Los perros hacen exactamente lo mismo [...], dejan de explorar cuando su dueño sale de la estancia. Y, al regresar, se relajan y empiezan a explorar de nuevo». Un perro, como un niño, está tranquilo si su amo, su padre, está cerca.

Los lobos, sin embargo, y a diferencia de los perros, se organizan en manadas con una estricta jerarquía social cuya razón de ser tiene que ver, evolutivamente, tanto con el éxito en la caza como con el éxito reproductivo, lo que genera la unidad básica que permite la continuidad de su especie, la familia. La manada es una familia, liderada por el padre y la madre. Durante algunas décadas, a raíz de los trabajos del biólogo David Mech, se popularizó el término *macho/hembra alfa* (con un famoso libro firmado por Sanderson y Mech en 1966), asemejando ese concepto al individuo en la comunidad con mayor rango a quien los otros siguen. Cuando el propio Mech se dio cuenta de su error, fue el primer detractor de su noción de alfa

(Nowalk *et al.*, 1971), queriendo que su libro fuera retirado por la editorial que lo publicó, infructuosamente. El problema es que los lobos no forman manadas lideradas por exitosos líderes alfa que imponen su dominancia por medio de la fuerza. El llamado *liderazgo* no es otra cosa que una cuestión de autoridad combinada con el cuidado de los más débiles. En el fondo, lo que Mech había descubierto era una familia donde el *pater* y la *mater familias* ejercían su paternidad extendida sobre su familia, los miembros de su clan y otros especímenes acogidos en ella. El daño estaba hecho y la mentalidad tan predominante de liderazgo empresarial llevó la falsa imagen de macho alfa al relato público e incluso al cine (por ejemplo, con *El lobo de Wall Street*, donde el vergonzoso comportamiento que lleva el personaje magistralmente interpretado por Leonardo DiCaprio nada tiene que ver con la vida familiar de un *Canis lupus*). Si, como popularizó Thomas Hobbes (1642), fuera cierta la locución «Homo homini lupus est» («El hombre es un lobo para el hombre»), en lugar de tener una sociedad que da por hecho que el egoísmo es la norma del comportamiento humano, nos encontraríamos con algo tan revolucionario como una sociedad basada en la autoridad natural de los padres de familia, que a su vez permitiría la estructuración de la sociedad en comunidades, algo así como una sociedad familiar, íntegra y estable, en la que la convivencia no surge a través de la corrección que debe hacer la sociedad al individuo, como proponía Hobbes, sino por un principio natural de subsidiariedad. Una manada de lobos es una familia vinculada por lazos de supervivencia, pero, sobre todo y en lo concreto, de reproducción y afectivos. Por ello, cuando se crían en cautividad juntos lobos de distintas procedencias, surge la agresividad impropia de la convivencia familiar (lo mismo que sucede con otros muchos mamíferos cuando se juntan ejemplares procedentes de distintos clanes u orígenes, que aun siendo de la misma especie, como las orcas o delfines, de repente se vuelven agresivas y peligrosas en un acuario). Asumir que el liderazgo surge por la fuerza del macho alfa que ordena una sociedad animal es equivalente a suponer que, cuando viajamos con cien personas en el metro, podemos comportarnos como si fuéramos una familia de viaje. El lobo padre o la loba madre (me parece un término más justo que el de *alfa* o la reducción de *macho* y *hembra reproductores*, pues también en mi familia mi mujer y yo somos la hembra y macho reproductores y, desde luego, el término no agota el significado de nuestra paternidad compartida) tienen una libertad social amplia en relación con el resto de la manada, ayudan a resolver las disputas, controlan y reparten los recursos, como la comida, mantienen a la manada unida y poseen grandes instintos de compañerismo (Mech, 1999), ¡si eso no es ser un buen padre o una madre...! Y algunos miembros de esa manada, lobos jóvenes de esa familia, guiados por su instinto sexual, se convertirán durante un tiempo en ejemplares solitarios que se alejen de su familia inicial para intentar fundar otra familia. La diferencia de los lobos con los perros es que los primeros han vivido en una familia estable y podrán reproducir el modelo. Como buenos hijos, querrán imitar (¿honrar?) a sus progenitores de algún modo reproduciendo los hábitos que han visto. Las comunidades de lobos se seguirán *llamando por teléfono* y poniéndose toda la familia al aparato para saber cómo están (aullando en coro por las noches para ser oídos a decenas de kilómetros). Habrá muchos aullidos, pero los ladridos serán escasos, porque son solo una herramienta de súplica propia de los cachorros.

Los seres humanos somos parte de la familia *Hominidae* ('homínidos'), es decir, genética y evolutivamente pertenecemos a la familia de primates bípedos, en la que, además de nosotros, se incluyen los orangutanes, gorilas, chimpancés y bonobos, entre otros. Sin embargo, nuestro comportamiento grupal es más parecido en muchas características al de los lobos monógamos que al de nuestros primos más cercanos, los chimpancés y bonobos. Quizá de los cánidos salvajes aprendimos que, para sobrevivir, cuando quieres vivir de la caza en lugar de vivir de la carroña y las frutas, como nuestros primos los monos, no te queda otra que formar una familia estable. Y quizá también, como afirma Mech (1999) en sus últimas obras, profundizando en la naturaleza familiar del clan lobuno, aprendimos la división el trabajo: «La familia suele ser la manada típica, en la que los padres adultos guían las actividades del grupo siguiendo un sistema de división del trabajo en el que la hembra destaca principalmente en actividades como el cuidado y protección de los cachorros y el macho sobre todo en la caza, el suministro de alimentos y en los correspondientes desplazamientos».

A esta división del trabajo es a lo que me temo que el mundo llama en la actualidad *patriarcado*. Los lobos, y los hombres, tuvieron que aprenderlo para sobrevivir en un mundo donde nadie regalaba nada. Y las hembras humanas adquirieron habilidades y características individuadas, como el cuidado, mientras que los machos hacían lo propio con la caza, base más que probable de lo que hoy son muchos aspectos de la masculinidad y la feminidad humanas. Cualquiera que haya observado lobos sabe perfectamente que también las hembras pueden dirigir y organizar cacerías con su tribu, pero lo hacen, sobre todo, cuando son madres *solteras* y el macho no cuida de la *maternidad* de las hembras. Dicho de otro modo, en los lobos, parece como si el patrimonio (propio de los bienes que caza el padre y los hermanos y hermanas mayores) se pusiera siempre al servicio del matrimonio (la protección de la madre, su maternidad, los cachorros y los hermanos que alimentar). Los lobos, como los humanos, nos hemos ido especializando para sobrevivir, por lo menos hasta que llegó la Revolución industrial en los humanos y la domesticación en los perros, es decir, cuando la consecución de los alimentos, el calor y el cobijo necesarios para vivir, ya fuéramos lobos o personas, dejó de ser una lucha de clan para convertirse en un derecho, en algo así como la comida por la que ladrar. Hoy, la sociedad del bienestar nos invita a ladrar por nuevos derechos a sabiendas (o no) de que las cuestiones básicas de la vida las tenemos resueltas mientras haya petróleo o algún otro tipo de energía abundante. Mientras que no haya que cazar ni especializarse, podemos dedicarnos a ser iguales y a pedir todos más trozos del pastel del bienestar, unos para repartirlo, el ideal de la izquierda, y otros para generar más, el ideal de la derecha. Pero unos y otros somos una sociedad cada día más perruna y menos lobuna, en la que muchos de sus miembros han ido olvidando, evolutivamente, lo que los lobos no pueden dejar de hacer: transformar su instinto sexual en un comportamiento reproductivo compatible con la continuación de la especie por sus propios medios. Los perros siguen existiendo, pero no lo hacen gracias a su estructura familiar, sino a que un ser superior, el ser humano, dirige y controla su reproducción, eso sí, generando una presión selectiva que hace cada vez más dependiente al perro de su amo y, por lo tanto, casi siempre del grado de neotenización creciente que buscamos inconscientemente

conforme a nuestros criterios estéticos. Cuanto más guapa sea la perrita, más valor tiene, aunque el precio por pagar sea la total dependencia de su amo. Y nosotros no parece que vayamos por un camino diferente. Hay un ser superior, el Estado, que garantiza que nuestros ladridos serán escuchados y que, hasta cierto punto, a veces, nos invita a no madurar reproductivamente. Hoy en día, se oye decir que toda agrupación de amigos, si se quieren mucho, y especialmente si mantienen relaciones sexuales, se puede considerar una familia. La consecuencia es que la dimensión reproductiva de la familia se difumina, la vida sexual se separa de la reproducción, el aborto de una cría humana se considera un derecho por el que ladrar en lugar de una necesidad para la supervivencia y criar seis cachorros humanos y luchar por ellos no es, precisamente, lo que más se valora socialmente. Hoy, las personas somos cada día más parecidas a los perros y menos a los lobos, lo cual parece explicar que cada día haya menos niños por adulto y menos lobos por perro. La extinción de los lobos y de las familias reproductivas humanas tiene un elemento común. Nuestra vida humana y la de los perros es cada día más cómoda y placentera al tiempo que cada día dependemos menos de nosotros mismos para sobrevivir.

La maduración en los seres humanos dura mucho más tiempo que en los perros, es más, quizá seamos la única especie que, llegando a la edad en la que uno puede reproducirse fisiológicamente, no está preparado emocionalmente. Lo llamamos *adolescencia* y su existencia está ligada a la complejidad de nuestra especie, que parece necesitar un tiempo prolongado con rasgos adultos para comportarse como un adulto y aprender a transformar sus instintos sexuales en comportamientos reproductivos de éxito (ser un caballero es parte de este aprendizaje en el adolescente humano macho).

La ecología de los perros y lobos comparada con la nuestra puede enseñarnos muchas cosas. Una de ellas es una advertencia: cuando lo tenemos todo, es muy fácil convertirnos en cachorros humanos adolescentes eternamente, aunque nada de lo que tengamos dependa realmente de nosotros, sino de quien nos lo provee. ¡Es tan fácil ser perritos de peluquería dependientes y manipulables, locos por el sexo (sin reproducción por supuesto), *wokes*, neoténicos, encantadores...! Y, mientras, el viejo lobo, de vida ardua y montaraz, forjado en noches frías de aullidos estremecedores, inteligente en su supervivencia, familiar en sus costumbres y tierno pero jerárquico con sus crías, parece estar irremediablemente condenado a la extinción...

Bibliografía

- Ballenberghe, V. van (1983). Extraterritorial movements and dispersal of wolves in southcentral Alaska. *Journal of Mammalogy*, 64, 168-171.
- Glen C. *et al.* (1996). The Wolves of Isle Royale. Fauna of the National Parks of the United States, Fauna Series 7. *Journal of Mammalogy*, 49(1), 167-168, <https://doi.org/10.2307/1377761>
- Goodwin, D. *et al.* (1997). Paedomorphosis affects agonistic visual signals of domestic dogs. *Animal Behaviour*, 53(2), 297-304. <https://doi.org/10.1006/anbe.1996.0370>
- Grandin, T. y Johnson, C. (2020). *El lenguaje de los animales*. RBA Editores.

- Haber, G. C. (1977). *Socio-ecological dynamics of wolves and prey in a sub-arctic ecosystem*. Tesis de doctorado. Universidad British Columbia.
- Hobbes, T. (1642). *De cives*.
- Lehman, N. E. *et al.* (1992). A study of the genetic relationships within and among wolf packs using DNA fingerprinting and mitochondrial DNA. *Behavioral Ecology and Sociobiology*, 30, 83-94.
- Meana, D. (2018). *Los lobos se convirtieron en perros: ¿Dónde, cuándo y... cuántas veces?* <https://www.naukas.com>
- Mech, L. D. (1999). Alpha status, dominance, and division of labor in wolf packs. *Canadian Journal of Zoology*, 77, 1196-1203, <http://www.npwrc.usgs.gov/resource/2000/alstat/alstat.htm>
- Mech, L. D. y Nelson, M. E. (1990). Non-family wolf, *Canis lupus*, packs. *The Canadian Field-Naturalist*, 104, 482-483.
- Mech, L. D. *et al.*, (1998). *The wolves of Denali*. University of Minnesota Press.
- Murie, A. 1944. *The wolves of Mount McKinley*. U.S. National Park Service. Fauna Ser. n° 5. U. S. Government Printing Office.
- Nowak, R. *et al.* (1971). The wolf: The ecology and behavior of an endangered species. *Journal of Mammalogy*, 52, 644, <https://doi.org/10.2307/1377761>
- Sanderson, G. C. y Mech, L. D. (1996). *The wolves of Isle Royale*. Fauna of the National Parks of the United States. Fauna Series 7. U. S. Government Printing Office,
- Thalmann, O. *et al.* (2013). Complete mitochondrial genomes of ancient canids suggest a European origin of domestic dogs. *Science*, 342(6160), 871-874, <https://doi.org/10.1126/science.1243650>
- Vilà, C. *et al.* (1997). Multiple and ancient origins of the domestic dog. *Science*, 276(5319), 1687-1689, <https://doi.org/10.1126/science.276.5319.1687>